



Teología y medicina en la obra servetiana (Nota introductoria al artículo de W. Osler)

*Theology and medicine in the Servetian work
(Introductory note to the article of W. Osler)*

■ José Luis Puerta

*Estoy firme en causa tan justa y no temo a la muerte.
Servet a Calvino en su proceso en Ginebra¹*

■ Miguel Servet y Revés, así se llamaba realmente el teólogo, humanista y médico nacido en Villanueva de Sigüenza (Huesca) en 1511, que salió de España con 17 años de edad para estudiar leyes en Toulouse y nunca más volvió.

Servet fue antes que nada intachablemente fiel al nuevo espíritu renacentista que subrayaba el antropocentrismo, que se resistía a admitir a pie juntillas las enseñanzas escolásticas, y que defendía el derecho a pensar con libertad de juicio por encima de los dogmas. Consecuentemente, creía con firmeza en la mayoría de edad del hombre y, por tanto, en su capacidad —gracias al poder que le confiere la inteligencia y el libre albedrío— para tomar una postura personal incluso en los temas más graves y comprometidos. Perteneció, vamos a decirlo así, a ese parvo grupo de individuos que no se casa, intelectualmente hablando, con nada ni con nadie (además, toda su vida permaneció soltero). En fin, estamos ante una figura, *rara avis*, dispuesta a no plegarse a las convenciones, ni de los unos ni de los *otros*²; esas que

El autor es médico.

¹ Calvino J. *Defensio orthodoxae fidei de sacra Trinitate contra prodigiosos errores Michaelis Serveti...* Ginebra: Robert Estienne, 1554, p. 123; la cita se ha tomado de: Alcalá A. Introducción, en: Servet M. *Treinta cartas a Calvino. Setenta signos del anticristo. Apología de Melanchton*. Madrid: Editorial Castalia, 1971, p. 34.

² En la última página de su *Dialogorum de Trinitate Libri Duo* ("Diálogos sobre la Trinidad, en dos libros") escribió Servet: *Nec cum istis, nec cum illis in omnibus consentio aut dissentio* ("Ni con éstos ni con aqué-

se imponen en el seno de las sociedades hechas por humanos en cualquier lugar y tiempo de nuestra Historia. Por eso la paradoja y, a la vez, la moraleja de su ominoso final es que lo llevaron a la hoguera (hecha con madera verde para que ardiera más despacio) los que mantenían entonces las posiciones más progresistas, esto es, los reformadores.

Precisamente aquellos que, en nombre de la fe renovada y de la libertad de conciencia, ponían en cuestión verdades tan nucleares en aquel tiempo como la autoridad del Papado o la del magisterio de la Iglesia de Roma, fueron *de facto* los que menos transigieron con los puntos de vista de Servet. Quizá, esta circunstancia explique por qué el estudio de su vida y, sobre todo, del proceso que lo llevó a la hoguera en Ginebra de la mano de uno de los grandes reformadores, Calvino, ha sido un imán para tantas plumas protestantes, aunque todas, en mayor o menor medida, han quedado prendidas del gran atractivo que tiene en sí la singular personalidad de este obstinado oscense.

Excepto por su trágico final y algún otro episodio grave, recordemos, por ejemplo, que en Viena del Delfinado acabó siendo “quemado en esfinge”³, Servet disfrutó de la típica vida y carrera profesional de los individuos intelectualmente bien formados de la primera mitad del siglo XVI. En ese momento histórico de Europa, los países y sus gentes, a pesar de las fronteras y las diferencias lingüísticas, políticas y religiosas, se encontraban unidos por una fecunda herencia común: el latín. Esta realidad hacía que no fuera extraño encontrar a un español ejerciendo de médico personal del arzobispo primado de las Galias, o a un flamenco, como fue el caso de su condiscípulo Vesalio, enseñando anatomía en la universidad italiana de Padua, de la que por cierto fueron alumnos, entre otros muchos próceres, Copérnico y William Harvey (1578-1657). La formación en aquel tiempo era extremadamente onerosa y solo accedían a ella los que poseían fortuna propia o conseguían recursos, generalmente, de un mecenaz. Aquellos que sobresalían podían ocupar distinguidos puestos en la sociedad y, por tanto, gozar de un cierto bienestar económico, pues ninguna sociedad —algo que con frecuencia se olvida en la nuestra— logra progresar si al prestigio que se deriva de la excelencia no le acompañan posición y dinero.

Básicamente, este escrito sólo atiende a dos propósitos principales: por un lado, ayudar a entender mejor el contexto histórico (en sus figuras e ideas) que rodea la vida y obra de Servet (que es el tema en el que se adentra el artículo de William Osler y que se publica en este número de la Revista, véanse pp. 93-113). Y, por otro lado, intentar explicar por qué la descripción de la circulación menor de la sangre se encuentra “en medio” de un libro de teología, ya que, al menos en apariencia, se trata de dos asuntos poco conectados entre sí.

llos, con todos consiento y disiento”), la cita viene recogida en: Menéndez Pelayo M. Historia de los heterodoxos españoles. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, Tomo 1, p. 1225.

³ Alcalá A. Introducción, en: Servet M. Treinta cartas a Calvino... *Op. c.*, p. 30.

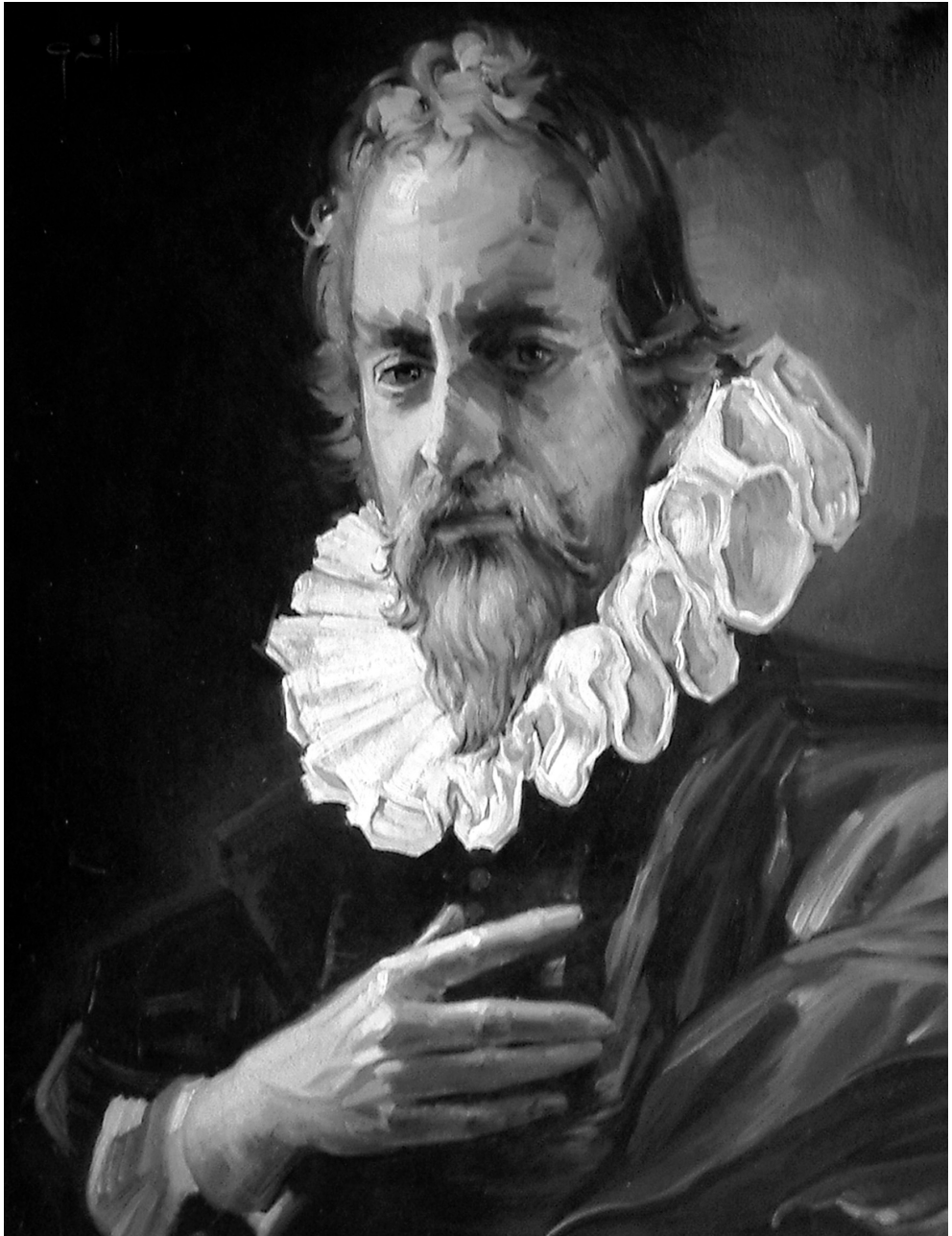


Figura 1. Miguel Servet, óleo de Guillermo Pérez Baylo (reproducido con la autorización del Instituto de Estudios Sijenenses "Miguel Servet", www.miguelservet.org).

I

Para cumplir con el primer cometido, conviene empezar identificando algunas de las personalidades que fueron coetáneas de Servet. Entre ellas destacan: el humanista, Erasmo de Rotterdam (1467-1536). El maestro de príncipes y políticos, Nicolás de Machiavelo (1467-1527). El astrónomo y médico polaco, Nicolás de Copérnico (1473-1543), cuya obra cumbre *De revolutionibus orbium coelestium* saldría de la imprenta en 1543, unos meses después de su muerte; justo el año en que Andrés Vesalio (1514-1564) —cuatro años más joven que Servet y compañero suyo en la Facultad de Medicina de París— mandó imprimir su *De humani corporis fabrica* (dedicada al Emperador Carlos V) en los talleres que Juan Oporino tenía en Basilea. El jurista y humanista que optó por ser más fiel a sus creencias religiosas que al rey, Tomás Moro (1478-1535). O el enigmático médico, alquimista y astrólogo suizo, Paracelso (1493-1541).

Y en el plano religioso⁴, hay que situarlo en la misma época que Martín Lutero (1483-1544) y su colaborador Felipe Melancton (1497-1560), encargado de redactar la *Confesión de Augsburgo* (1530), es decir, el credo de la primera Iglesia reformada; a ambos debió conocerlos cuando asistió acompañando a fray Quintana a la Dieta de Augsburgo; la parte VI del libro de Servet *Christianismi Restitutio*, titulada: *Apología contra Felipe Melancton y sus colegas sobre el Misterio de la Trinidad y sus costumbres antiguas*, es una defensa contra los ataques teológicos que sufrió por parte de aquel reformista. El predecesor de Calvino en Ginebra, Guillaume Farel (1489-1565), con el que Servet se había carteadado y, luego, le acompañaría hasta la hoguera (véase el comienzo del texto de Osler). Juan Hausschein, conocido como Ecolampadio (1482-1531), cabeza de la Iglesia de Basilea y en cuya casa se había hospedado. Ulrico Zuinglio (1484-1531), quien había aconsejado a Ecolampadio que intentase disuadir a Servet de sus herejías y atraerlo, aunque todos los intentos resultaron vanos: “He ensayado todo con él, pero es orgulloso y gusta tanto de las disputas, que nada ejerce la menor influencia sobre él”⁵, confesaría Ecolampadio a Zuinglio. Martín Bucero (1491-1551), ex dominico, que, a pesar de la fama de indulgente que le adornaba, después de oír las posiciones teológicas de Servet, y haciendo toda una demostración de cómo entendían los reformadores la libertad de conciencia que propugnaban, declaró: “Merecía que le arrancasen las entrañas y se le descuartizase”⁶. La lista podía

⁴ Para una información más detallada véase el Capítulo II de: Barón Fernández J. Miguel Servet. Su vida y su obra. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1970, p. 20

⁵ La cita está recogida en el Prólogo del Dr. Nicasio Mariscal y García de Rello a la obra: Servet M (Michael Villanovano). Razón universal de los jarabes según inteligencia de Galeno. Instituto de España. Real Academia de Medicina. Biblioteca clásica de la medicina española (tomo IX). Madrid: Imprenta de J. Cosano, 1943, p. 166.

⁶ La cita está recogida en: Barón Fernández J. Miguel Servet. *Op. c.*, p. 44.



Figura 2. Juan Calvino (1509-1564).

ser más larga, pero estos nombres son suficientes para dar una idea del nivel de trato e interlocución que tenía el oscense en los ambientes europeos donde se estaba llevando a cabo la Reforma, y del rechazo que sus posiciones teológicas provocaba entre todos ellos. A esto último hay que añadir la persecución de la que también era objeto por parte de la Iglesia fiel a Roma, con la que topó por primera vez siendo estudiante de leyes en la entonces piadosa ciudad del Garona⁷. Esta situación de perseguido por herético le forzó a vivir en Francia bajo distintas personalidades.

Tras esta breve digresión, pasemos a ver su “especial” relación con Juan Calvino (1509-1564).

Los primeros contactos de Calvino con Servet se remontan a la primera estancia de éste en París, que comenzó alrededor

de 1533, donde fue primeramente alumno del colegio Calvi y, luego, profesor de matemáticas en el colegio de los Lombardos. En esa ciudad del Sena, parece ser que en 1534, acordaron ambos un encuentro para dirimir sus puntos de vista teológicos; reunión que no llegó a realizarse porque Servet, por razones que se desconocen, no acudió a la cita. Desde entonces debió irse forjando una enemistad mutua que, desdichadamente, terminó con el proceso ginebrino que llevó a Servet a la hoguera. Y es que ambos, realmente, no coincidían en nada: ni en puntos tan importantes, teológicamente hablando, como la existencia de la Trinidad o la conveniencia de no bautizar a los párvulos; ni en su visión sobre la predestinación y la libertad de los humanos (mientras que Calvino sostenía que ningún hombre puede ganar la salvación gracias a sus buenas obras, Servet defendía la capacidad de elección de los individuos y se oponía a la doctrina de la predestinación); ni en la concepción del papel del poder civil y religioso: para Servet el Estado y la Iglesia debían estar separados; por el contrario, Calvino no creía en la independencia del poder civil con relación al poder espiritual.

Como he señalado al principio, Servet fue al mismo tiempo teólogo, humanista y médico —quizá este sea el orden que mejor retrata sus intereses—, pero por encima

⁷ Barón Fernández J. Miguel Servet. *Op. c.*, p. 37.

de todo ha de vérselo como un ferviente defensor de la dignidad, la libertad y la caridad humanas. Influidor por uno de los grandes médicos humanistas del siglo XVI durante su estancia en Lyon, Sinforiano Champier (1472-1539), creía firmemente en que existe una relación entre las diversas disciplinas cultivadas por la inteligencia humana, por tener entre sí un nexo común: el hombre.

La rebelión encabezada por Lutero contra la autoridad de la Iglesia de Roma jalona un período histórico en el que se revisa todo lo asumido como verdad hasta entonces, el conocimiento sensible reclama del concurso de la experiencia y el arte alcanza unas cotas de desarrollo inigualables. De estos elementos surge, entre un tropel de nuevos valores, ideas, sentimientos y sensaciones, el ideal de que el hombre está en el centro de cualquier especulación. Así, reverdece el antiguo concepto de belleza griega con el que vuelve el culto a la figura humana y el amor a la naturaleza, en la que el hombre ocupa un lugar central, armonioso y bello. La concepción cristiana de que la enfermedad es un castigo que tenemos que sufrir por nuestra naturaleza pecadora es sustituida en el Renacimiento por el viejo concepto griego que tenían tan imbuido los asclepiadas hipocráticos, según el cual la enfermedad no es otra cosa que una perturbación de la armonía de la naturaleza. A su vez, la idea de que a la muerte hay que mirarla con miedo o con una resignada indiferencia, queda arrinconada por un remozado deseo de vivir, al que se suma el ansia de retrasarla todo lo posible. En medio de este ambiente, como ha señalado el historiador Arturo Castiglioni:

“Por primera vez en la historia [la medicina] encuentra el camino que ha de ser el definitivo, señalado por el estudio anatómico... [al que] le guían, por un lado, el reverdecido concepto artístico y, por otro, la libre conciencia de la crítica individual. Mientras que el renovado deseo de la vida impulsa a investigar los misterios más profundos y a escrutar el problema de la muerte”⁸.

II

A Servet no le debió costar apropiarse de esta cosmovisión, ecuménica e integradora, de los saberes que tenían los (médicos) humanistas de entonces. Todo lo contrario. Por un lado, disfrutó del enriquecedor ascendente de determinadas personalidades como fueron la del oscense y agustino regular Juan de Quintana⁹, que acabaría siendo el confesor del Emperador; la de Champier que le indujo a estudiar medicina en París; la del arzobispo Pierre Paulmier y la del erudito traductor de tex-

⁸ Castiglioni A. Historia de la medicina. 1.^a ed. española, traducida de la 2.^a ed. italiana, rev. y ampliada. Barcelona y Buenos Aires: Salvat Editores, S.A., 1941, p. 386.

⁹ Alcalá A. Introducción, en: Servet M. [Michael Servetus Villanovanus]. Restitución del cristianismo (trad. de Alcalá A. y Betés L.). Madrid: Fundación universitaria española, 1980, p. 18.

tos sagrados Santes Pagnini (1470-1541). Asimismo tuvo la posibilidad de estar presente en marcados acontecimientos históricos como la coronación de Carlos V en Bolonia (noviembre de 1529) y la Dieta y la Confesión de Augsburgo (1530). Por otro lado, pudo conocer y estudiar textos canónicos que todavía no se habían traducido a la *lingua franca*, ya que desde muy temprana edad dominaba las lenguas clásicas que conforman lo que se conocía como *trilinguis homo* (latín, griego y hebreo); saber que le sirvió también para ganarse la vida como corrector de imprenta en algunos momentos de su existencia, ya que, por ejemplo, preparó dos ediciones de Ptolomeo (1535 y 1541) y tres de la Biblia de Pagnini (dos en 1542 y una 1545). Si a lo dicho le añadimos sus conocimientos sobre matemáticas, geografía y astrología, no debe extrañar su adhesión a la idea, tan normal entonces, de que en el Universo existe una cohesión y el hombre se erige en su nudo o vínculo. Lo que nos lleva a los liminares de cumplir el segundo objetivo perseguido en este escrito, esto es, responder a la siguiente pregunta: ¿por qué la descripción de la circulación menor de la sangre aparece en un texto de teología?

Efectivamente, esa visión holística del Mundo en torno, tan típica del Renacimiento, hacía que disciplinas como la filosofía, la astrología, la teología o la medicina no constituyeran islas de conocimiento (escenario que desmontó, después del fructífero enciclopedismo del siglo de las Luces, la paulatina especialización a la que abocó el espectacular desarrollo de las ciencias en el siglo XIX), sino que se erigiesen en saberes complementarios que brindaban al estudioso la posibilidad de aprehender el Universo de manera omnimoda, de ahí la erudición en disciplinas tan diversas de la que hacían gala los renacentistas, entre ellos Servet. Lo que nos lleva a entender que cuando está describiendo la circulación menor y, sobre todo, cómo se mezcla el aire con la sangre, no se está enfrentando —si tenemos presente lo que realmente busca el oscense— a un problema meramente fisiológico o anatómico tal como hoy lo entenderíamos, sino que se halla ante una cuestión fisiológica o anatómica que, a la vez, tiene profundas implicaciones teológicas. Voy a explicarlo con más detalle.

En el Génesis (2,7) puede leerse: “Entonces el Señor Dios formó al hombre con polvo del suelo, e *insufló en su nariz aliento de vida*, y resultó el hombre un ser viviente”, es decir, en el hombre, a través de la respiración, Dios le puso el alma. Por tanto, lo que le interesaba a Servet era saber qué ocurría con el *pneuma*, que era sinónimo de alma, aquello que respiramos, cuando llega a la tráquea y pasa a los pulmones. Escuchemos su elucidación sobre esta cuestión en su *Restitución del cristianismo* (*Christianismi Restitutio*), porque es muy reveladora; se trata de los párrafos que anteceden a su descripción de la circulación menor de la sangre:

“Del mismo soplo del aire saca Dios las almas de los hombres... De ahí que en hebreo ‘alma’ suene igual que ‘inspiración’... Verdad es el dicho de Orfeo: ‘El alma va en las alas de los vientos y penetra íntegramente por la respiración’, según la cita de Aristóteles en los libros ‘Sobre el alma’ [I, cap. 5:

410b28]... Así, pues, para que adquieras completo conocimiento del alma y del espíritu, voy a incluir aquí, lector, una filosofía divina que entenderás con facilidad, si estás versado en anatomía... [A]sí, el espíritu vital es el que por la anastomosis se comunica de las arterias a las venas, en las que recibe el nombre de espíritu natural... De sangre del hígado consta la materia del alma, mediante una maravillosa elaboración que ahora vas a escuchar. Por eso se dice que el alma está en la sangre, y que el alma misma es la sangre o espíritu sanguíneo...

Para entender todo esto... [con estas palabras se inicia el párrafo en el que Servet comienza a describir propiamente la circulación pulmonar, véase págs. 112 y 113]¹⁰.

Pues bien, si resulta que, por un lado, el alma se ubica en la sangre (“Sólo dejarán de comer la carne con su alma, es decir, con su sangre”, Gen. 9.4; “Porque la vida de la carne está en la sangre”, Lev. 17,11), y, por otro lado, como escribió Servet, “el alma es respiración y aliento... incluso en latín el término *anima* proviene de lo que en griego se llama viento”¹¹, la manera de estudiar cómo el alma es insuflada al ser humano será comprendiendo la circulación sanguínea y, de manera particular, la pulmonar; esto es, habrá que ver cómo el *pneuma* entra en contacto directo con la sangre y toma aposento en ella.

Por lo dicho, no parece aventurado afirmar que Servet debió abordar este estudio “fisiológico”¹² con la idea de conocer el circuito recorrido por el hálito o espíritu cuando entra por medio de la respiración en el cuerpo; su interés no debía ser el de emprender una simple indagación médica. Pues lo que intentaba desentrañar era mediante qué mecanismo “fisiológico” (o qué artificio de la naturaleza) Dios inspira su aliento (pues “el alma va en las alas de los vientos y penetra íntegramente por la respiración”) y éste se aloja en el cuerpo humano, para lo cual, obviamente, tenía que valerse de sus conocimientos médicos. Pero en esta investigación teológica sobre cómo el “espíritu vital” se transforma en “espíritu natural”, Servet descubre que, contrariamente al principio asentado por la anatomía de Galeno (que incluso dio por válido Vesalio en su *Fabrica*), la transfusión de la sangre del ventrículo derecho al izquierdo no se produce a través de los poros del septo interventricular (“non per parietem cordis medium”), sino en virtud de “un procedimiento muy ingenioso” (“sed magno artificio”) que hace que la sangre sea impulsada desde el ventrículo derecho hacia los pulmones para entrar en contacto con el *pneuma* y, luego, regresar a la cavidad

¹⁰ Servet M. [Michael Servetus Villanovanus]. Restitución del cristianismo. *Op. c.*, pp. 330-331 (en la edición original impresa en Viena del Delfinado, 1553, p. 169).

¹¹ Servet M. [Michael Servetus Villanovanus]. Restitución del cristianismo. *Op. c.*, pp. 446-447 (en la edición original impresa en Viena del Delfinado, 1553, p. 258).

¹² Recuérdese que los griegos llamaban “fisiólogos” a los que estudiaban la *Phýsis* (la Naturaleza).



Figura 3. Estatua de Miguel Servet en el frontispicio de la Facultad de Medicina de Zaragoza (cortesía de G. Vicente).

izquierda. En otras palabras, la verdad no la tenían los escritos de Galeno, sino que la proclama a voces la propia arteria pulmonar, cuyo tamaño (“confirmat hoc magnitudo insignis venae arteriosa”) indica a quien quiera verlo para qué ha sido creada: no para nutrir los pulmones, sino para conducir la sangre a ellos y allí oxigenarse. Siendo así las cosas, estamos en condiciones, sin mayor sorpresa, de poder entender la relación entre la medicina y la teología, ya que el conocimiento anatómico —en el caso que nos ocupa— no es más que un saber puesto al servicio de la resolución de una cuestión teológica: ¿cuál es el mecanismo “fisiológico” (o de la naturaleza) que hace posible que el alma insuflada por Dios, a través de la respiración, se incorpore a la sangre? Por tanto, no puede decirse sin más que la descripción de la circulación menor de la sangre de Servet se encuentra “en medio” de un libro de teología, pues dicha descripción tiene su porqué “fisiológico”.

* * *

Han pasado casi cinco siglos desde la condena y ejecución de Servet en la hoguera, y todavía se persigue —sin que ningún espíritu libre de verdad pueda justificar semejante actitud— el disentimiento político y religioso, así como las diferencias étnicas y culturales. Lastimosamente, tal como demuestra la cotidianidad informativa, infinidad de ciudadanos occidentales, por no buscar más lejos, siguen sin comprender que la esencia de la democracia radica en practicar la tolerancia y en aceptar el derecho que tienen los individuos a disentir, siempre que lo hagan sin violencia; y que el fin último al que debe aspirar una sociedad avanzada, aunque pueda parecer extraño, no es el bienestar, ni la tranquilidad, ni siquiera la paz, sino la libertad, porque sin ella cualquier otra aspiración ni es posible ni es duradera. Parece como si el hado hiciese que nunca falten congéneres empeñados, por mor de la “libertad” o del “bien común”, en que todos veamos el mundo y las “verdades” con el mismo cristal. Por eso conviene no bajar la guardia: el dogmatismo más asfixiante entra siempre sutilmente caminando bajo el palio de la libertad. Y, desdichadamente, como nos recuerda el Nobel Alexandr Soljenitsin, a modo de corolario, en su novela histórica *Agosto 1914*: “la sinrazón no comenzó con nosotros ni con nosotros terminará”¹³.

¹³ Soljenitsin A. *Agosto 1914*. Trad. de Antonio Solá. Barcelona: Styria de Ediciones y Publicaciones S.L., 2007, p. 573.